

dro Berrugas otra contestación que el par de ladridos.

Para algo le había enseñado él mismo la ley Perruna.

EL ESPÍRITU DEL IMÁN

—Buenos días tenga usted, don Feliciano.

—¡Hola, Matías! Ven con Dios, hombre.

—¿Qué tal le va á usted?

—Bien; ¿y á tí?

—Bien, gracias á Dios; ¿y por acá en casa?

—Todos buenos. ¿Y allá por Villachica, no tenéis novedad?

—Ninguna por ahora, á Dios gracias.

—Me alegro, hombre. Y ¿qué te trae por aquí?

—Pues yo venía... porque ya sabe usted que nosotros siempre venimos aquí, lo mismo en vida de mi difunto padre, que en paz descansa, que murió, como usted recordará, de un *costao* hará unos trece años ó catorce al San Miguel que viene, por no haberle sangrao á tiempo, según nos dijo después el señor cirujano, aquel cojo que se casó con la cuñada del tío Marcelino, el

que compró la viña aquélla grande que había sido de doña Tomasa la administradora, que se la vendieron por la trabacuenta aquélla del papel sellado que dijeron si se lo habían robado á su marido ó no se lo habían robado...

—Sí, hombre; pero que se lo robaran que no, tú dime á lo que vienes y qué es lo que deseas.

—Pues verá usted... quiere decirse que, como le iba diciendo, nosotros siempre hemos venido aquí á casa de usted, lo mismo en vida de mi padre, Dios le tenga en gloria, que después, cuando vivía mi hermano Celedonio, que era el mayor, como usted sabe, porque las dos hermanas que hubo antes que él se murieron de pequeñas, una á los tres años y otra á los ocho; y... en fin, que ya viene uno á la casa con confianza...

—Sí, hombre, y puedes seguir viniendo...

—Y por eso, como uno sabe que... vamos... en fin... que siempre le reciben á uno bien y encuentra buena acogida... pues quería, si usted no tiene mayormente apuro, hablar con usted dos palabras á solas... y con cierta reserva, porque á nadie le importa lo que yo tenga que tratar con usted, si viene á mano, y porque es una cosa que...

—Bueno, hombre, bueno: vamos aquí á la rebotica, y hablaremos todo lo que quieras...

Los sostenedores del precedente diálogo eran un boticario de aquellos antiguos, muy gordo, con muy poca química y mucha gramática parda, y un mocetón muy bruto de una aldea vecina á la histórica ciudad donde pasa la escena.

Cuando estuvieron solos los dos en la rebotica, respanchigado el obeso pucherólogo en un viejo sillón de baqueta con clavos romanos, y mal sentado el mozo en el vivo de un taburete de negrilla, reanudó el primero la conversación diciendo:

—Vamos á ver, hombre: ya estamos solos. ¿Qué es lo que te ocurre?

—Pues mire usted, señor don Feliciano: yo venía con la confianza que...

—Sí, con la confianza que da el haber venido siempre, y el haber sido siempre bien recibido; eso ya lo dijiste. Vamos á ver. ¿A qué venías?

—¡Colle! pero si el caso es que casi no me determino á decírselo, porque por un lado no sabe uno... y luego, si acaso á usted le parece mal que yo tenga una confianza con usted...

—No, hombre, no; ¿por qué me ha de

parecer mal? Puedes tenerla. Vamos, habla.

—Pues mire usted, señor don Feliciano: ya sabrá usted... digo, puede ser que no lo sepa todavía, si acaso no ha venido por aquí hace poco ninguno de allá que se lo haya dicho; porque por allí muchos lo han conocido, aunque yo todavía no se lo he dicho á nadie hasta ahora...

—Bueno, hombre, adelante. ¿Qué es eso que no sabes si yo lo sabré ya ó no lo sabré? Sigue.

—Pues verá usted: hay allí una muchacha en el pueblo muy bien parecida... y aunque se diga que es guapa, no se dice nada de más, porque lo es; y luego tiene muy buenos cachicos de tierra, y especialmente una linar que linda con otra mía y un prado cerrado, con muchísimos chopos, que también está cerca de mi casa; de modo que como yo trato de acomodarme, porque ya comprende usted que un hombre así solo está mal, aquella muchacha me conviene más que ninguna otra, y vamos, que hace ya tiempo que la tengo una miaja de ley...

—¿Y ella te quiere?...

—¡Quiá, no señor! Pues á eso iba... O por mejor decir, á eso venía, y por eso quería estar con usted...

—¡Pero, hombre, si yo no la conozco!... ¿Cómo se llama?...

—Llamár se llama Victoria; pero quiere decirse que aunque usted no la conozca es lo mismo; porque, verá usted... Ella ya parecía que se inclinaba algo á mí el año pasado; sólo que después vino del servicio allí un hijo del tío Bragao, que fué cabo segundo del Regimiento de Gerona, y porque si trajo una chaqueta azul con los galones encarnaos, y si trajo una gorrilla de cuartel con una mota colgando pa adelante, y una cinta muy ancha de seda morada y verde para atar el cañuto de la licencia, y, en fin, que el mozo es jerolista, y la muchacha al verle tan peripuesto ha empezao á correrle cara y á mí no me hace caso.

—Pues lo siento, Matías; pero te repito lo que te he dicho antes: que no la conozco... ¿De quién es hija?... ¿Tiene todavía padre y madre?

—Madre ya no, señor: se la murió el año de la fiebrona. Padre sí; el padre es uno que le llaman el tío Rufino, que le habrá usted visto pasar aquí por delante de su casa cuando viene al mercao, un hombre alto con un chaleco de estameña azul, montado, hablando con perdón, en una burra garañona buena, que ya le ha dado un pollino que le valió seis mil reales para la parada de Ruiforco... ¿No le conoce usted?...

—No, hombre, no: ¿de qué? si nunca he ido á esa parada...

—No: si yo decía al tío Rufino, el padre de Victoria.

—¡Ah!... pues tampoco le conozco, tampoco, ni al padre ni á la hija... De manera que no conociéndolos ni teniendo ningún trato con ellos... ya ves... ¿qué te voy á hacer yo?...

—¡Ah! Mucho, señor don Feliciano, si usted quiere. Usted puede hacer mucho, puede hacerlo todo, como el otro que dijo. Si usted quisiera servirme...

Y diciendo esto echaba el mozo al boticario una mirada penetrante y escudriñadora, como si antes de formular por lo claro su pretensión quisiera averiguar si le había de ser concedida.

El boticario, observando con extrañeza la insistente mirada del mozo, no acertaba á adivinar de qué manera podría él favorecer sus aspiraciones amorosas, ó qué sería lo que pretendía de él; así es que además de interrogarle con los ojos y con el gesto, le dijo:

—Pero, hombre, ¿cómo ó de qué manera te puedo yo servir? Habla de una vez, explícate.

—Ahora voy, don Feliciano—le contestó el mozo en voz baja y temblando de emoción.—Mire usted, yo estoy convencido de que, hoy por hoy, la muchacha quiere más al licenciaio que á mí: no me queda duda;

y como quiero á todo trance casarme con ella... vengo á que usted... ¡Por Dios, don Feliciano! ¿Qué le cuesta á usted?... Ustedes que tienen de esas medicinas que atraen...

Aquí el boticario, que estaba á ciegas y mostraba en su semblante viva curiosidad, lo comprendió todo de un golpe, vió clara la cosa, y disimulando su asombro y ahogando como pudo la tentación de risa, siguió mirando con atención al mozo, y según éste continuaba á tropezones su relato, iba él haciendo con la cabeza signos afirmativos, como para dar á entender que estaba al cabo de la calle.

El babayo del mozo continuó diciendo:

—... Ustedes que tienen de esas medicinas que atraen á las personas... Yo quiero que usted, pagándole lo que sea, que de eso no me aparto, me dé un agua ó un espíritu de esos, que yo sé que los hay... á ver si de la noche á la mañana le dejo al licenciaio con una cuarta de narices...

—Eso es muy difícil de preparar, y cuesta caro,—dijo muy serio el marrullero del boticario, que hacía unos momentos se estaba ya mordiéndose el labio inferior como para significar lo dificultoso de la cosa.

—Crea usted, señor don Feliciano—le dijo el majadero del mozo,—que estoy dispuesto á no quedarle á usted nada á deber,

y, vamos, como no sea una cantidad del todo desproporcionada con mi caudal, yo le prometo á usted que se la pago á tocateja... y ¡mire que como yo prometa una cosa!... Crea usted que aunque me cueste el mejor prao que tengo...

—Tanto no será—replicó el boticario echándose las de generoso,—porque á mí no me gusta ser tirano con nadie, y menos con un parroquiano antiguo como tú...

—Eso, sí señor: bien lo puede decir... de toda la vida... Y de antes, porque ya mi padre, que en paz descansa, venía aquí siempre.

—Si ya lo sé; por eso te digo que no te cobraré todo lo que cuestan esas cosas; pero aun así temo que te parezca mucho...

La conversación duró todavía un buen rato, porque el nazcarejo del mozo era muy pesado, y el boticario, que no tenía mucho que hacer, le daba cuerda; mas el resultado fué que Matías firmó una obligación de pagar al boticario, para después de la cosecha, cincuenta duros si la medicina producía efecto, y si no, veinticinco.

Hecho el contrato, el boticario comenzó en seguida con mucho aparato y mucho misterio á revolver frascos y botes de diversos tamaños y formas, haciendo como

que mezclaba en un almirez pequeñas cantidades de sus contenidos, para concluir por llenar de agua del pozo con gotas de agua destilada (*Aq. Distill.*), un frasquín del tamaño de un dedal con su tapón esmerilado, y envolviéndole primero en un papel de seda de color de rosa, le metió en una cajina de madera mulléndole cuidadosamente con algodón en rama; envolvió después la caja de madera en otro papel azul, lo metió todo en una caja de cartón, la ató con un cordón encarnado, y la envolvió después en la cuarta parte del penúltimo número de *La Epoca*, pues el boticario era un liberal conservador de los peores...

Mientras hacía la preparación y aparentaba mezclar substancias, decía muy convencido el mozo:

—Ya veo, señor don Feliciano, ya veo que lleva eso muchos ingredientes.

—Muchísimos, y aún falta el más principal de todos,—le contestaba el boticario. Y como en aquel momento viera que estaba completamente vacío el frasco del agua natural, se la pidió al mancebo, que era un estudiante del Seminario, diciéndole para que Matías no lo entendiera:

—¡Fermin! Trae *aqua putei*.

—El nombre de ese ingrediente, si le he de decir la verdad, no me gusta un pelo—dijo Matías.—No sea que después...

—No, no tengas miedo; no hace daño.

—Porque parecía que no me sonaba bien; pero como nosotros no sabemos una palabra de esas cosas... Además, que cuando usted lo usa...

—Sí, ya ves: no iba yo á dar á nadie, y á tí menos, una cosa que pudiera tener malas consecuencias.

—Ya, ya... Usted perdone la *endis-*
crición.

Cuando el boticario hubo concluído la faena, al entregar al mozo el envoltorio le explicó la manera de usar la medicina, diciéndole:

—Mira: cuando vayas á salir de casa, si crees que podrás encontrar á la muchacha en alguna parte, untas con esa esencia la punta del dedo grande de la mano izquierda y procuras tocarla con él al pasar, aunque sea en la ropa. Los domingos, verbigracia, al ir á misa, nada te cuesta ponerte á hablar con algún otro mozo junto á la misma puerta de la iglesia, y cuando ella entre la miras, según pasa, con mucha atención, y como que no haces nada la tocas en la ropa con el dedo mojado. Si va al baile, vas tú también y procuras bailar con ella, y al descuido ó con cuidado la tocas también con el dedo untado aunque no sea más que en la basquiña; y luego, cuando ella se marche te marchas tú también detrás, lo

cual poco trabajo te debe costar, porque ya ¿qué te puede importar á tí el baile no estando ella? Te digo todas estas cosas porque, aun cuando te parezca que no tienen nada que ver, son muy conducentes para que la medicina produzca el deseado efecto; porque eso tienen todas las medicinas: si no se usan como se deben usar, sin faltar un ápice á las instrucciones de la ciencia, son patarata... Además, siempre que la veas por la calle y lleves el dedo recién untado, aun cuando no puedas tocarla en la ropa, mírala mucho al pasar y dala los buenos días, ó lo que sea, con amabilidad y agrado, sonriéndote un poco y diciéndola alguna cosa que la guste, como: ¡Chica, qué guapa estás! ú otra cosa así por el estilo, y después que pase te recatas á mirarla tres ó cuatro veces; porque esto también ayuda mucho á que la medicina dé resultado... Has de procurar también que el día que la hayas tocado con el dedo humedecido, alguna mujer de esas que hay en los pueblos muy amigas de meterse en todo, la hable mal del licenciado, diciéndola, verbigracia, que es un perdido, que tiene un genio de mil demonios, y que en el regimiento no le podían ver ni pintado; que le gusta mucho la bebida y es aficionado á jugar á las cartas, con otras cosas así por el estilo, sin olvidar que también

jugó una mala partida á otra novia que tuvo en Alicante... Y al mismo tiempo, que la hable bien de tí, ponderándola tu caudal y tus procederés... También tú cuando hables con algún pariente ó amigo de su padre, has de procurar sacarle la conversación y hablarle muy bien de ella diciéndole que es la única moza que te agrada en el pueblo, y que por ella serías capaz de dar la vida... aunque no lo seas, ¿eh?... todo esto después de haberle tocado también al pariente con el dedo. Ten muy en cuenta que la mayor parte de las veces que las medicinas no producen efecto, es por no usarlas bien; y si esto pasa con las medicinas comunes y ordinarias, figúrate lo que pasará cuando son así finas y delicadas como ésta... Con que fijate bien en todo lo que te he dicho, que yo te aseguro que como aciertes á usar el espíritu ese con estricta sujeción á mis prescripciones, tienes novia.

El pobre mozo le hizo al boticario repetirle otras dos veces las instrucciones, que escuchó sin perder una palabra de ellas, practicándolas luego todas *ad pedem litteræ*.

Y, es claro, como el tunante del empírico le mandó hacer, aparte de la mojadura del dedo, todo lo que más podía inclinar hacia él la voluntad de la muchacha, así como á hacerla aborrecer á su rival, el

resultado, no del espíritu de... agua contenido en el pomo, sino de las instrucciones con exactitud practicadas, fué que, en efecto, la chica comenzó á inclinarse al bueno de Matías, al cual, poco más de medio año después, daba solemnemente el sí á la puerta de la iglesia.

Ponderar y encarecer en regla lo satisfecho que estaba Matías el día de la boda, no sería cosa fácil, ni apenas posible, aunque el hacerlo importara mucho. Baste decir que de hueco no cabía en los pantalones, y eso que el sastre se los había sacado muy anchos.

A cuantos parientes ó amigos se acercaban á darle la enhorabuena, les contestaba sonriéndose con orgullo y diciendo así, palabra arriba ó palabra abajo:

—Me parece que me llevo una buena muchacha, ¿eh?... Lo mejorcito de Villachica y aun del contorno... Y no porque no tuviera otros pretendientes, que no creáis que estaba la carne en el plato por falta de gato... Però, en fin, yo he tenido la fortuna de salir victorioso y con *Victoria*... Estos son secretos que hay en el mundo y que yo he sabido buscar...

Con estas palabras y otras semejantes dejaba salir el zángano de Matías el contento que le retozaba en el interior, apuntando la idea del secreto y faltándole muy

poco para decir con toda claridad que á un espíritu que le había dado don Feliciano el boticario en un pomín por cincuenta duros, debía la fortuna loca de haber conquistado novia tan excelente.

Varias veces lo tuvo á la punta de la lengua...

Pasó la boda, que fué muy rumbona y de mucho ruido, porque ni Matías ni el padre de Victoria habían economizado gastos: el primero por dar rabia al licenciado del regimiento de Gerona, y el segundo por lucirse y hacer que se luciera su hija en ocasión tan solemne.

Como que sobre ser los convidados ciento y la madre, todos los pormenores de la fiesta respiraban lujo y abundancia.

Por ejemplo: las salvas, que en las otras bodas las tiraban los mozos con escopetas de pistón y con tal cual pistola antigua de chispa, en ésta eran cohetes, porque Matías había llevado de la ciudad cuatro docenas, algunos de dos españoles.

El padrino se excedió también al dar propina á los mozos para que tocaran el tambor con más aire y relincharan con más fuerza. ¡Como que no les dió menos de dos duros, que era el doble de la mayor propina bodal de que en Villachica había memoria!

La tornaboda fué también muy alegre y muy festejada...

Pero el mismo día de la tornaboda por la tarde, el novio, que no podía olvidar que debía toda aquella felicidad á don Feliciano, salió sin despedirse de la gente, por la puerta trasera del corral, montado en una yegüina rabona que bebía los vientos, y en media hora se plantó en la ciudad provisto de sus cincuenta duros para pagar al boticario su buen servicio.

Llegó á casa de don Feliciano, le llamó aparte, y encerrándose con él en la rebotica, le dijo, dándole un abrazo tan apretado que por poco no le ahoga, pues le quitó la respiración medio minuto:

—¡Me casé ayer, señor don Feliciano, me casé ayer, y ya me faltaba tiempo para venir á darle á usted los cincuenta duros convenidos y cincuenta millones de gracias, porque á usted es á quien debo el haber conseguido lo que pretendía!... ¡Usted es mi padre!...

Y diciendo esto le daba otro abrazo y le levantaba en alto aunque pesaba ocho arrobas y media...

Tras de éstos y otros mil extremos de gratitud y de contento por parte de Matías, el boticario guardó sus cincuenta duros, y el majadero del recién casado se volvió á su pueblo á seguir disfrutando la felicidad que creía haber alcanzado exclusivamente por la virtud del espíritu encerrado en el pomo.

Tanto lo creía, que allá por Diciembre, no pareciéndole que estaba el boticario todavía bastante pagado, volvió á montar otra tarde en la yegüecilla rabona, después de haber atravesado sobre ella unas alforjas llenas á taque retaque, y le llevó de regalo un jamón, dos morcillas, tres vueltas de chorizos y un solomillo entero; en fin, poco menos de media matanza.

Al despedirse aquella tarde del boticario, que naturalmente le había recibido muy amable, le preguntó Matías, después de repetirle lo menos diez veces que le era deudor de toda su dicha:

—¡Ah! Diga usted, señor don Feliciano, ¿y cómo se llama, si se puede saber, aquel espíritu que tanto atraía á Victoria y que tan admirable resultado produjo?...

—*El espíritu del imán*,—le contestó con aparente seriedad el boticario, que, en cuanto vió á Matías salir por la puerta, se echó á reír él solo á carcajadas.

¡UN BUEN HAYUCO!

—Que ya caen.

—Que no caen todavía.

—Le digo á usted que sí.

—Le digo á usted que no.

—Yo lo he visto, y contra lo que uno ha visto no se debe porfiar.

—Porque lo he visto yo también, sostengo lo contrario.

—Yo estuve anteayer en Valdelascortinas y ví que caían ya ellos solos; casi estaba el suelo cubierto.

—Pues yo estuve ayer en Majadavieja, y me causé de sacudir carcojas sin que cayera apenas ninguno.

—Pues lo que digo es que caen.

—Pues lo que digo es que no caen...

Y así seguía sin trazas de acabar esta discusión, tan luminosa y fructífera como suelen ser todas, entre dos vecinos de Villanoble en público concejo, sobre si los hayucos estaban ya en sazón para darlos, ó